

BAJA CALIFORNIA EN EL MITO

Clementina DIAZ Y DE OVANDO

LA REINA GOBERNADORA DOÑA Isabel de Portugal firmaba en Ocaña el 4 de abril de 1531 la Real Cédula dirigida a los oficiales de la ciudad de Sevilla, residentes en la Casa de Contratación de las Indias, en la cual prohibía terminantemente el paso a las tierras recién conquistadas de "romanceros" y de "historias vanas e de profanidad, como son el Amadís e otras desta calidad", por ser su lectura harto perjudicial a los indios, apenas conversos, y que, por lo mismo, no debían distraerse con las falsedades que tales romances y libros narraban, sino ocuparse sólo de cosas de religión.

Al indio, inmerso en las vagorosas leyendas creadas por su pensamiento mágico, nada podían decirle los libros de caballerías, y esta cédula venía a ser aquello de "a niño ahogado tapen el pozo", o dicho en el delicioso español trastrocado de esos indios a quienes se quería preservar de tan dañosas lecturas, "tarde piates"; los gustados, sabidos y muy queridos romances y los "lascivos, profanos y monstruosos libros y silvas de fabulosos cuentos y mentiras", como se vilipendiaría a los libros de caballerías, habían cumplido en las Indias la alta misión para la cual fueron escritos: mantener vivo el heroísmo español.

Romances y libros de caballerías habían surgido en la vida española de la urgencia de un asidero que diera al español la afirmación de su ser, y esta afirmación la encontró en la bondad de las armas para triunfar definitivamente sobre el moro, y después, para enfrentarse al mundo moderno; pues el español, para ser él mismo, para realizarse, necesita estar iluminado por un halo mágico, sostenido por un mito o una creencia sobrenatural.

Romances y libros de caballerías, llamas poéticas del concepto acendrado del honor; del heroísmo, condición suprema del hombre; de la justicia y la lealtad, eran los recios e inmovibles puntales del ánimo español.

De esta manera, cuando Europa renuncia a la realización de la vida caballeresca, España hace la suya: “la hereda y le da nueva vida y sentido convirtiéndola en la utopía nacional; se aferra entonces a los mitos caballerescos, Amadís, Palmerín y todas las novelas de caballerías, pues en ellas el español siguió encontrando la expresión de una realidad superior que lo lleva al desprecio del cálculo, del ahorro y de la persecución de la seguridad y el *confort*”.¹ España tomaba una vez más como divisa “la razón de la sinrazón”.

Y no sólo incitaba al español a los hechos heroicos esta primorosa literatura, sino también era poderoso acicate de su imaginación y de sus anhelos de aventura; en ella encontraba resumidas todas las fantasías de su época: los mares ardientes que están entre “Tartaria e India”; los mares verde esmeralda; las ínsulas fantásticas, abundosas en riquezas, que tan pronto aparecen como desaparecen; los monstruos marinos; las serpientes aladas que cruzan el océano; los grifos; las plantas y árboles milagrosos; los gigantes; las atrevidas amazonas; las ciudades maravillosas.

El más lindo romance de todo el *romancero español*, el del *Infante Arnaldos*, más bello que la *Canción de Lorelei*, que la balada de Heine, invita a la aventura, a descubrir los secretos abismales del océano, a seguir por la mar tenebrosa a un marinero que guía una hermosa galera, y que canta —versión española de las sirenas— una misteriosa y mágica canción:

*Marinero que la guía
diciendo viene un cantar
que la mar ponía en calma,
los vientos hace amainar;
los peces que andan al hondo,
arriba los hace andar;
las aves que van volando,
al mástil vienen posar.*

*Allí habló el Infante Arnaldos,
bien oiréis lo que dirá:
—Por tu vida, el marinero,
dígame ahora ese cantar.*

*Respondióle el marinero,
tal respuesta le fué a dar:
—Yo no digo mi canción
sino a quien conmigo va.²*

El romance termina bruscamente con esta contestación; este final de corte repentino lo hace aún más bello, pues otorga a la canción del marinero todo el hechizo de lo misterioso.

¡Cómo impresionaría el romance al mancebo falto de dineros, que por los puertos deambulaba, deseoso de pasar a las Indias para obtener honra y bienestar!

Romances, libros de caballerías y leyendas grecorromanas en confuso y encantador revoltijo, constituían el único y riquísimo patrimonio que los conquistadores traían en su barjuleta.

Recordándolos a todas horas, ornamentaron sus posturas con párrafos poéticos; ya de su propia cosecha e invención; ya espigados en las composiciones populares, pues en cada español de aquellos tiempos había, si no un hacedor de poesía, sí un magnífico receptor de ella: todos se deleitaban con romances, trizas de epopeya, lenguaje cotidiano de cultos e incultos, fuente de todo saber popular. Del rey abajo sabían romances, y muchacho hubo que, para librarse de la soledad, entonara uno a modo singular de compañía.

Por ellos supo el español la historia de su España; los mitos griegos y romanos; la historia del Asia; las gestas francesas y los asuntos bíblicos; es decir, los romances fueron los noticieros más completos en cuyas frescas aguas abrevó el pueblo, siempre gustoso, la noticia importante y fidedigna, el sentir predominante, y el más lindo y agradable solaz. Junto con estos romances, los conquistadores traían metidos, hasta los tuétanos, los libros de caballerías; sintiéndose caballeros, emulando a Amadís, a Esplandián, a Galaor; entonando romances para animarse en los trances amargos de la lucha, hicieron capitanes y mesnaderos la Conquista de Indias, que vino a ser por su ambiente y espíritu, *literatura aplicada*.

LA INFLUENCIA DE LOS LIBROS de caballerías en la Conquista ha sido estudiada en todos sus aspectos por Ida Rodríguez en su magnífico ensayo *Amadises de América*, ensayo al que constantemente me referiré en las siguientes cuartillas, pues en él se hacen muy comprensibles las relaciones entre la Conquista y los conocidos libros de caballerías: el sentido caballeresco de discursos y arengas, y el providencialismo, se aclaran en la obra literaria y en las Crónicas.

Esta interpretación del sentir caballeresco es de suma utilidad para aclarar el nombre mítico de Baja California, mito que, hasta donde me sea posible, procuraré estudiar aquí.

CUANDO DIEGO VELÁZQUEZ, muy a su pesar, decide en favor de Hernán Cortés el mando de capitán general de la Armada, equipada para el descubrimiento y conquista de nuevas tierras, Cortés adopta su primera postura caballeresca. El recién nombrado capitán quiso de inmediato parecer un pulido y elegante caballero, para lo cual se acicaló y transfiguró con rico vestuario:

se comenzó —comenta agudamente Bernal Díaz— de pulir y ataviar su persona mucho más que de antes, y se puso su penacho de plumas, con su medalla y una cadena de oro, y una ropa de terciopelo, sembradas por ella unas lazadas de oro, en fin como un bravo y esforzado capitán.³

La Armada y su capitán parten al encuentro de su destino. A poco tiempo de navegar por las costas de Campeche y Tabasco, Cortés y sus capitanes, ante la sugestión de las nuevas tierras empiezan a soñar, a presentir —por algo son sabidores de libros de caballerías— la proximidad de un imperio espléndido; sólo tienen una fatalidad, la tutela de Velázquez, de la cual deben librarse a toda costa; para ello, Cortés y sus compañeros representan a perfección una escena caballeresca. No serán vulgares conspiradores, sino gentiles y comedidos caballeros que, en vez de palabras altisonantes, de proposiciones plebeyotas, van a dilucidar una situación con todo el ornato, con todo el hechizo de lo que quiere decirse y casi no se nombra, con la poesía.

La escena la describe Bernal Díaz: es Jueves Santo, 21 de abril de 1519; la Armada boga en un mar azul y tranquilo. Los soldados que habían venido anteriormente con Grijalva, señalan los lugares a Cortés: allí la Rambla; adelante el río Coatzacoalcos; los peñascos que entran en el mar; adelante, el río de Alvarado. De pronto, un caballero, que se dice Alonso Hernández de Puertocarrero, deja caer al desgaire la cuarteta de un viejo romance carolingio, el de *Montesinos*, cuyos versos tienen el sentido mágico de las profecías de Urganda la Desconocida:

*Cata Francia, Montesinos,
cata París la ciudad,*

*cata las aguas del Duero
do van a dar a la mar.*

y completa la idea con estas líneas de su propia inspiración:

*Mirad bien las ricas tierras
y sabéos gobernar.*

Cortés, que había captado la intención de Puertocarrero, responde prontamente con dos versos de otro romance caballeresco:

*Denos Dios ventura en armas,
como al paladín Roldán.*

que en esto y en lo demás y teniendo a Vuestra Merced, y a estos caballeros por señores, bien me sabré entender y dejémosle y no pasemos de aquí.⁴

Esta conversación, en apariencia inofensiva e intrascendente, se convertía, por el contenido de los romances, en la más estupenda, caballeresca y delicada declaración de rebeldía, y probaba la calidad heroica de Cortés con el lenguaje familiar del heroísmo: viejos trozos de romance.

Los versos recitados por Puertocarrero pertenecen al romance carolingio de *Montesinos*, que cuenta cómo el padre de Montesinos, el conde don Grimaltos, fué acusado de querer hacer suyas las tierras que gobernaba a nombre del rey.

El romance completo, sabido y resabido por los soldados, y por ellos interpretado, venía a decirle a Cortés por medio de la cita de Puertocarrero: si el conde don Grimaltos, sin haberse alzado con las tierras, fué injustamente acusado y sentenciado, nosotros correremos el riesgo de ser difamados por Diego Velázquez por habernos hecho dueños de ellas. ¿El capitán general era capaz de inspirar confianza en sus mesnaderos, que sí confiaban ciegamente en él?

Cortés, que desde su salida de Cuba tramaba hacer a un lado a Velázquez, capta a perfección lo dicho por Puertocarrero; por eso responde con un lacónico "denos Dios ventura. . .", que es afirmación de sí mismo y de que no defraudará a quienes en él fíen. Los hombres de la Armada, los que están de acuerdo con los planes, han encontrado su adalid; los amigos de Velázquez saben también a qué atenerse.

En el sentir de Cortés y de sus conjurados, el rebelarse contra Velázquez no iba en mengua de la lealtad, virtud caba-

llesca, pues como ocurre en el *Amadís de Gaula*, éste, si bien juró lealtad al rey Lisuarte, se vió en la necesidad de servir otros intereses para mejor honra del rey. Así Cortés: hace a un lado a Velázquez para mayor honra y prez de Carlos V.

La Conquista de tierras tan ricas, insinuada con alusiones romanceras, estaba decidida; pero los velazquinos andaban alarmados, medrosos y remisos a emprenderla, y ante éstos, Cortés recurrió al sentido del honor:

eje determinante—dice Ida Rodríguez— de las decisiones más arriesgadas, y, por decirlo así, resorte principal de la insensatez caballeresca. Para el conquistador de Indias nada hay tanto que lo conmueva y anime como la apelación al honor. El usado proverbio español de la época enuncia una ley inviolable: *Pon la honra, pon la vida, y pon las dos, honra y vida por tu Dios.*

Cortés—cuenta Bernal Díaz— respondió a estos medrosos “que más valía morir por bueno, como dicen los cantares, que vivir deshonorado”. Estas palabras vienen a ser la repetición del sentido del honor, no sólo de los libros de caballerías, sino también del *romancero* tan rígido para juzgar al temeroso, pues, según el código del honor transmitido por romance, el vivir sin honra es peor que la muerte, y el morir sin honor, el más temible baldón.

La alusión romancera hecha por Cortés a los medrosos corresponde al romance caballeresco *Batalla contra Marsín:*

—*Vuelta, vuelta, los franceses,*
¡con corazón a la lid!
¡más vale morir por buenos
que deshonorados vivir!

Después de escuchar la sentencia romancera dicha por Cortés, que tocaba lo que más escuece al español, su carne viva, jamás cicatrizada: *la honra*, nadie pensó, y si lo hizo no lo expresó, en su intenso deseo de regresar a Cuba; antes bien, como humillación a estos temerosos caballeros, los de alma heroica y aventurera, entre quienes figuraba Bernal, alzaron—dice el cronista— a Cortés por capitán y le aconsejaron dar al través con los navíos:

dijimos en voz alta que no curase de corrillos, ni de oír semejantes pláticas, sino que, con ayuda de Dios, con buen concierto estemos apercebidos para hacer lo que convenga; y así cesaron todas las pláticas. En fin todos obedecieron muy bien,

Este sentimiento del honor, afirma Ida Rodríguez,

no es puramente pundonor, es, además, principalmente, un sentimiento que se eleva hasta Dios mismo, pues la aventura en que andan metidos caballeros andantes y conquistadores es considerado un *negocio divino*.

En este *negocio divino* se identifican más caballeros andantes y conquistadores. La orden de caballería se nutría del sentimiento religioso, y en él encontraba su más auténtico y elevado aliciente; invade la Conquista, y si en los libros de caballerías Dios interviene constantemente, también en la Conquista se le invoca a cada momento, y por eso los sucesos tienen un aire divino.

El español se dió, desde los primeros días de la Reconquista de España, un fin altísimo y sobrenatural como rotunda afirmación de una fe católica que se enfrentaba desesperadamente a la mahometana. Si el agareno había recibido de Alá una misión divina, el español replicó heroicamente con otra de idéntica naturaleza, convencido de colaborar con la divinidad en esta lucha:

*Dios defenderá mi causa,
pues yo defiendo la suya.*

Pronto estuvo, así, para defender hasta con las uñas el catolicismo en las cruentas guerras de la Contrarreforma; por lo mismo, pudo sentir la Conquista de Indias como colaboración directa con la divinidad. Los libros de caballerías no hacían sino subrayar un sentimiento de siglos. Cuando Esplandián, hijo de Amadís de Gaula, abandona su patria para ir a batallar por la fe católica, incitaba a todo español a seguir defendiéndola, como lo había hecho desde siempre en su patria, y ahora en las lejas tierras recién descubiertas; "pues en íntima conexión con el sentido caballeresco, está su obligación de predicar y extender la verdadera doctrina"; tal misión cumple al caballero Esplandián, y la cumplirán asimismo los conquistadores.

Cortés, que siempre cuidó de las situaciones políticas, que nunca hizo nada a tontas y a locas, no pudo mantener su conciliadora política ante la religión india, pues para él y sus mesnaderos, era obra del mismísimo demonio, y, por tanto, había que librar lo más pronto posible al indígena del engaño en que Satanás lo tenía preso. Las crónicas y la poesía dan

noticia de esta actitud de caballero ante lo divino; ese caballero tenía como misión primera destruir al demonio en sus imágenes —los ídolos—, y, más tarde, en la conciencia del indio.

APROBADO EL PLAN DE CONQUISTA para apoderarse del Imperio de Motezuma, los conquistadores se adentran más y más en un mundo hostil, extraño; ahora, más que nunca, parecen personajes escapados de algún libro de caballerías, de algún romance caballeresco.

También el desconocido paisaje de nuestro México debe haberseles semejado al de los libros de caballerías: mágico, innegablemente romántico, adecuado a las circunstancias anímicas del caballero. Lo maravilloso y fantástico nutren el ambiente y el paisaje de esos libros: el solitario caballero andante camina sin destino “por sendas ocultas que lo conducen a valles tenebrosos poblados de monstruos y hechiceros”; intrincadas selvas de oscuros árboles cuyas ramas encantadas lo amenazan; hasta el agua tiene resonancias mágicas. Sin embargo, nada arredra al caballero, que en su constante caminar “llega, a veces, a un castillo de cuyas ventanas se escapan melodías y perfumes que prometen aventura y placer”. En otras ocasiones, se rompe la soledad impresionante de una llanura sin límites con el eco de los ayes de una doncella secuestrada en una fortaleza, vivienda de un mal caballero, donde impera la crueldad y el horror; doncella que, al fin, es libertada por el caballero andante.

Los conquistadores también tienen noticias ciertas y valaderas: allá, al trasponer hórridas y altas montañas, habita en una fabulosa y enigmática ciudad, que flota sobre las aguas de un lago encantado, donde abundan el oro fino y las piedras preciosas, un mal caballero, fiel servidor del demonio, a quien deben vencer, convertir sus vasallos a la verdadera religión y disfrutar de esas riquezas en premio a sus asombrosas hazañas caballerescas.

El paisaje va cambiando a medida que avanzan; muy atrás se quedaron “los bosques de oyameles y araucarias”; los ríos impetuosos; las flores extrañas y desmesuradas; los animales jamás vistos. Atrás quedaron también las altas montañas cubiertas de nieve; de una “brotó un humo que el viento no logra torcer”. El silencio que todo lo invade se va acentuando;

las nieblas se deshacen; el cielo es azul, apenas nuboso; el aire quieto y claro. “¡Viajero—nos estremece la advertencia de Alfonso Reyes—, has llegado a la región más transparente del aire!”. De pronto, merced a esa transparencia, los conquistadores contemplaron un grandioso espectáculo, superior a todo lo soñado, a todo lo descrito en los libros de caballerías: de un lago—sin duda encantado por el sabio Merlín—surgía Tenochtitlán, la ciudad tantas veces imaginada, toda de plata, tan codiciada, y ahora al alcance de la mano en su espléndida magnificencia; las profecías del *Amadís* y de todos los libros de su estilo empezaban a cumplirse, y con creces. En su emoción, los conquistadores sólo aciertan a comparar esta visión maravillosa con el mundo fantástico de los libros de caballerías: fuente nutricia de su imaginación y sus deseos:

Y desde que vimos—testimonia Bernal Díaz—tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan estrecha y por nivel como iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía las *cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís*, por las grandes torres y *cúes* y edificios que tenían dentro del agua, todas de cal y canto, y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían, si era entre sueños, y no es de maravillar que yo lo escriba aquí de esta manera, porque hay mucho que ponderar en ello que no sé cómo lo cuente; ver cosas nunca oídas, ni vistas, ni aun soñadas, como veíamos.⁵

Estas casas de cal y canto que emergían de la laguna parda fulgiendo al sol como si fuesen de plata, debieron relucir para aquellos hombres conocedores de todos los romances, como ante los ojos de Montesinos brillara el castillo de Rocafriada; aunque Bernal, muy apurado por decirnos tanto de su impresión imborrable, dejara en el tintero la evocación del romance:

*El pie tenía de oro,
y almenas de plata fina;
entre almena y almena
está una piedra zafira.
Tanto relumbra de noche
como el sol al mediodía. . .*

Y un monarca más poderoso que todos los reyes Periones, Lisuartes y Langines; tan rico y espléndido como el Gran Khan, los entra en su reino y los colma de obsequios; ya nadie sabe dónde termina la realidad, dónde comienza el sueño.

Pronto el encantamiento se rompe, el indio trueca las flores por las flechas y el son del atabal por el del *huéhuétl* que convoca a la guerra a los valerosos caballeros águilas y caballeros tigres.

Cortés, por su parte, arenga a los suyos con discursos que conservan el sentido y el estilo de los libros de caballerías; tanto así dice Ida Rodríguez:

son tan parecidas estas pequeñas piezas oratorias, que sin alteración substancial podrían intercambiarse: se encuentran los mismos elementos y las mismas apelaciones, dentro de cuadros de expresiones y de metáforas casi idénticos.⁶

El descomunal y fiero encuentro entre caballeros igualmente esforzados, valerosos y heroicos; igualmente confiados en la protección de sus respectivos dioses, concluyó a la manera de un libro de caballerías; y al someter al indio—que había perdido no por falta de coraje, sino por el abandono inicuo de sus dioses—, el español refrendaba una vez más su confianza en Dios, la obligación de propagar la fe católica, móvil de la postura caballescaca, e igual que Amadís o su hijo Esplandián, en premio a sus hazañas, obtendrá honra y riqueza.

LA CONQUISTA DE MÉXICO se había cebado en el heroísmo que libros de caballerías y romances se complacían en exaltar. Todo el ambiente de ella corresponde al de estos libros cuya influencia se prolongará en los posteriores descubrimientos y conquistas, y, asimismo, vuelve a hacerse manifiesta en los relatos que para eternizar la “asombrosa hazaña” escribieron cronistas y poetas. Y si los libros de caballerías son “una ficción hecha verdad”, la historia de los cronistas de Indias es “una verdad hecha ficción”; ya que en estas crónicas no existe frontera precisa entre lo romanceado y la historia confirmada en todos sus pelos y señales.

Las semejanzas entre las novelas de caballerías y las crónicas han sido estudiadas a fondo por Ida Rodríguez; sólo quisiera añadir a su magnífico libro una más.

Entre los recursos utilizados por las novelas de caballerías, la manera de hacer las profecías es uno de los más cautivadores: tiene el hechizo de lo apenas insinuado, de lo que se deja al aire.

Si leemos las Crónicas de Indias, veremos que muchas descripciones son encantadoramente vagas, tal aquella de Bernal sobre el descubrimiento de la California. Constantino Bayle la comenta diciendo: "muy en el carácter de Bernal está dejar al aire la cuestión de lo que era California, isla, bahía o ensenada". No es sino la influencia de los libros de caballerías: lo mismo hace Gómara. Y tengo para mí, que estas profecías dichas con el misterio inefable de la tensión poética son importantísimas, pues contribuyeron a descubrir y conquistar nuevas tierras y propiciaron nuevas aventuras; creo, también, que Urganda la Desconocida y sus doncellas no fueron ajenas al descubrimiento y portentos que a California se atribuían.

EN LAS NOVELAS CABALLERESCAS, el caballero andante camina aprisa o despacio por donde lo lleva su ventura; en general, por caminos intransitados; de pronto, por arte de magia, aparece una "doncella extraña"; sobrina de Urganda la Desconocida, y le dice:

—¡Ay, Gandales si muchos altos hombres supieran lo que sé yo, te cortarían la cabeza!

—¿Por qué? —preguntó él.

—Porque guardas la muerte de ellos.

—¡Doncella, por Dios, decidme que es eso!

La doncella desapareció sin contestar.⁷

En otras ocasiones es Urganda la Desconocida quien da al caballero un arca encantada, y, a veces, le insinúa que deben encaminarse a la fortaleza de un encantador y vencerlo; estos agüeros, dichos a medias, incitan la imaginación del caballero que, con su desorbitado urdir, redondea las sugerencias de la maga o sus doncellas.

Los conquistadores que bien conocían el andamiaje de los libros de caballerías, constituyen magníficos receptores de lo misterioso, de lo desconocido; y basta que Urganda, llegada con ellos a las Indias, y ahora transformada, gracias a sus infinitos poderes mágicos en indígena, con el nombre de *Lacatunga*, diga al conquistador, sin entrar en detalles:

"Señor, más allá de los pastos, en un lugar llamado Cundinamarca [nombre que parece arrancado del Amadís]

abunda el oro sobre toda ponderación, y el cacique por manera de sacrificio, reluciente de piezas de oro y de joyas preciosas y cubierto totalmente de oro molido, se zambulle en una laguna”, para que el español abandone todo y se lance a la conquista de ese reino que Bayle llama “el Dorado fantasma, país de amazonas, gigantes y chiquitos”, que a medida que se cree estar cerca de él, desaparece, en la intrincada selva, por arte de encantamiento.

“El Dorado —afirma Bayle— es más que nada la historia de los viajes espantosos tras una quimera, de la lucha entre la tenacidad y la naturaleza indomable, entre el empeño y lo imposible.”⁸ Es seguir insensatamente las profecías de los libros caballerescos.

Unas veces, Urganda está presente en las imaginativas cartas de Colón; otras en sus propios terrenos, algún capítulo de *Las Sergas de Esplandián*, invitando con sus profecías, imperativo a la acción, a los conquistadores.

Así, de la imaginación, de un mito, nació California y sus portentosas maravillas.

California —afirma Alvaro del Portillo— fué también un reino escondido entre brumas, que se alejaba y esfumaba más y más en el orden del conocimiento a medida que nuevos exploradores se dirigían a sus tierras.⁹

Sigamos el nacimiento y desarrollo del mito bajacaliforniano.

EL MUY IMAGINATIVO CRISTÓBAL Colón, en la relación de su primer viaje, contaba al rey la existencia de una isla habitada solamente por mujeres armadas de arco y flechas, como las amazonas, y visitadas de vez en cuando por los hombres; isla que cinco años después situará muy cerca del Paraíso Terrenal. Estas fantasías de Colón, así como las relaciones de sus viajes, sucesos de tanta novedad y trascendencia, no podían pasar inadvertidos y menos aún, dejar de ser recreados por la literatura.

El corregidor Garci-Rodríguez de Montalbo, metido en la ciudad de Medina del Campo, no contento con haber corregido y modernizado el texto de los tres primeros *Libros de Amadís de Gaula*, y trasladado y enmendado el cuarto, influenciado por el vertiginoso estilo del *Amadís*, decidió agregar, por su cuenta y riesgo, un quinto libro, en el cual no se

cumplió el conocido refrán “no hay quinto malo”, y sí el de “nunca segundas partes fueron buenas”.

El libro se refiere a las sergas o gestas de Esplandián, hijo de Amadís, y lo llamó *Las sergas de Esplandián*. Utilizó los mismos recursos que el *Amadís*; la misma forma superlativa, las mismas fantasías, y la descripción de la tierra imaginada por el Almirante le viene como anillo al dedo para su obra; le da forma, le encuentra situación geográfica y le otorga nombre: *California*. Designación que toma, sin duda, de la epopeya francesa *La canción de Rolando*, siglo xi; epopeya que se caracteriza por la abundancia del elemento maravilloso. En la *Canción*, la palabra *California* nombra a un pueblo mítico que va a rebelarse contra Carlomagno a la muerte de Rolando.

Cuenta el juglar francés que al oír el cuerno de Roldán impetrando el auxilio del Emperador, éste regresa a Roncesvalles y encuentra yerto a su sobrino. Transido de pena, se mesa las barbas, se arranca los cabellos y presiente las rebeliones de los pueblos a los cuales el fuerte brazo de Rolando sojuzgó; fuera de sí exclama, mientras cien mil franceses caen en tierra desmayados de dolor:

—¡Roldán amigo, valiente, lozana juventud! Cuando yo esté en Aquisgrán, en mi aposento, acudirán mis vasallos a saber noticias. Y yo se las daré asombrosas y amargas: ¡Ha muerto mi sobrino, aquel que tantas tierras me hizo conquistar! Contra mí se rebelarán los sajones, los húngaros y los búlgaros y otros tantos pueblos malditos, y los de Apulla y todos los de Palerna, los de África y los de *Califerna*.

¿Quién conducirá tan valerosamente mis mesnadas, ahora que él ha muerto, él que siempre fué mi guía? ¹⁰

En el capítulo de *Las sergas de Esplandián*, que lleva como epígrafe “Del espantoso y no pensado socorro con que la reina Calafia en favor de los turcos llegó”, aparece claramente delimitada, descrita y nombrada, la isla del Almirante. Garcí-Rodríguez de Montalbo recrea sus singulares maravillas:

Quiero agora que sepais una cosa la más extraña que nunca por escriptura ni por memoria de gente en ningún caso hallar se pudo, por donde el día siguiente fué la ciudad en punto de ser perdida, y de cómo de allí le vino el peligro le vino la salud. Saded que a la diestra mano de las Indias hubo una isla llamada *California*, muy llegada al Paraíso Terrenal, la cual fué poblada de mujeres negras, sin que algún varón entre ellas hubiese que casi como las Amazonas era su modo de

vivir. Eran éstas de valientes cuerpos y esforzados y ardientes corazones y de grandes fuerzas; la ínsula en sí la más fuerte de riscos y bravas peñas que en el mundo se hallaba; las sus armas eran todas de oro, y también las guarniciones de las bestias fieras, en que, después de haberlas amansado, cabalgaban; que en toda la isla no había otro metal alguno. Moraban en cuevas muy bien labradas; tenían navíos muchos, en que salían a otras partes a hacer cabalgadas, y los hombres que prendían llevábanlos consigo, dándoles la muerte que adelante oireis. . . La causa dello según se sabía era porque en sus pensamientos tenían firme de apocar los varones en tan pequeño número, que sin trabajo los pudiesen señorear, con todas sus tierras y guardar aquellos que entendiesen que cumplía para que la generación no pereciese.

En esta isla, *California* llamada, había muchos grifos, por la grande aspereza de la tierra y por las infinitas salvajinas que en ella habitaban, las cuales en ninguna parte del mundo eran halladas. . .

Pasada aquella noche y la mañana venida, la reina Calafia salida del mar, armada ella y sus mujeres de aquellas armas de oro, sembradas de piedras muy preciosas que en la ínsula como piedras del campo se hallaban, y puestas en las bestias fieras, guarnecidas como dijimos, mandó abrir una puerta de la fusta en que los grifos se hallaban. . .¹¹

La palabra *Califerna*, tomada de la Canción de Rolando, reaparece en otro libro de caballerías, *El Palmerín de Inglaterra*; aquí, el gigante que lucha con el *Caballero del Salvaje*, se llama *Califerno* (voz españolizada de *Califerne*), *Calfurnio* o *Califurnio*. Y con siglos de anterioridad, Alfonso X, el Sabio, prohibía el ejercicio del derecho a una mujer llamada *Calfurnia*.

Cortés, en su cuarta *Carta de relación*, fechada en octubre de 1524, daba noticia a Carlos V de una tierra situada en el Mar del Sur; lo hacía en términos tales, que parecen copiados del anterior fragmento de las *Sergas*; hace mención de las amazonas, del oro y de las perlas que allí abundaban, y promete al Emperador trabajar "en teniendo aparejo y hacer dello larga relación a vuestra majestad".¹²

Parece que Cortés tuvo noticias de los territorios de Sinaloa, Sonora y California. Buena prisa se dió para cumplir la promesa hecha al Emperador; para encontrar la isla de tan bravas amazonas y el paso que acortara el camino a las tierras de la especiería, ordenó varias expediciones al Mar del Sur. La primera se hizo a la mar en 1530; la segunda dos años después, mandada por Diego Becerra y, como piloto, Fortún Ximénez, descubridor de California; pero en vista de los fra-

casos de las dos, Cortés tomó el mando y puso pie en la península: "suyo es—dice Bayle— el primer documento escrito en California, la carta a Cristóbal de Oñate, fechada en la bahía de Santa Cruz el 13 de mayo de 1535".

La imaginación de Cortés y sus hombres, preparada por dos siglos de aventuras y libros caballerescos, antes que ver en el nuevo mundo "novedades de la naturaleza, verán extrañezas portentosas, y contranatura, como son monstruos misteriosos", Amazonas, gigantes, grifos. . . Ésta y no otra es la causa por la cual, al encuentro con una tierra inhóspita, desconocida y salvaje, recuerdan de inmediato los libros de caballerías: esta vez, *Las sergas de Esplandián* proporcionan el nombre a la tierra descubierta.

El erudito Edward Everest Hale fué quien aclaró en 1862 el misterio de la palabra *California*, al encontrarla en las ya citadas *Sergas*, invalidando las anteriores interpretaciones.

Y DEL MITO, PASEMOS al *mitote* que armaron y arman los eruditos por el precioso nombre mítico de *California*. Entre los muchos gritos de su algarabía, sobresalen estas cuestiones: ¿Quién le puso nombre? ¿Cuál es su etimología? ¿Por qué se lo pusieron? ¿La bautizaron antes o después del descubrimiento? ¿Qué intención alcanza el nombre: profética, socarrona?

Tomo como ejemplo el pretencioso libro: *Descubrimientos y exploraciones en las costas de la California*, de Álvaro del Portillo y Díez de Sollano, por ser uno de los más recientes (con fallas que no hace al caso examinar aquí), por resumir buena parte, o casi todo, lo que acerca del nombre se ha escrito; y por ser el autor español, es decir, por suponerse que conoce y siente la historia de España.

Después de hacer un detenido estudio del origen histórico de la palabra California: toponimia, etimología, primeras noticias del nombre y aludir a las *Sergas de Esplandián* y la *Canción de Rolando*, inicia la polémica sobre la intención que tuvieron los conquistadores para bautizar así la Península.

Recorre a las aseveraciones de dos autoras extranjeras; la primera, Nellie Van de Grift, afirma que tal nombre fué puesto "en prenda de las riquezas de ensueño que los españoles esperaban encontrar", es decir, está hecha con espíritu profé-

tico. La segunda, Ruth Putnam, niega este espíritu profético y asegura que el nombre “fué imaginado por los desengañados al no encontrar las riquezas fabulosas que esperaban”; es decir, en son de burla.

Del Portillo hace suya la idea de Putnam y dice:

Bien pudo ser, como piensa Miss Putnam, que para halagar al virrey Mendoza, Alarcón, enemigo de Cortés, inventara la denominación en desprestigio de Cortés: *una isla que no se encuentra, en ninguna parte, ¿no será que es imposible de encontrar, pues es tan de ensueño, como Las Sergas de Esplendián?* Únase esta posible disposición de ánimo de Alarcón o de cualquier enemigo de Cortés con las malhadadas cartas de éste describiendo la isla de las poderosas amazonas, y se tiene resuelto el problema con verosimilitud.¹³

De la propuesta de Nellie Van de Grift opina sin razón: “el pensamiento que nombre tan encantador haya podido ser aplicado en son de mofa, subleva la sensibilidad femenina de Nellie Van de Grift”, y, a decir verdad, la mía también; pero no por hiperestesia femenina, sino porque los argumentos de Del Portillo sublevan por su inconsistencia y falsedad. El español de España, permítaseme la redundancia, al hablar de cosas de América, parece, casi siempre, hablar de oídas; le es extraño todo lo nuestro, desde la Conquista hasta ahora; y subrayo, español de España, pues este juicio no reza en manera alguna con el intelectual español que con nosotros convive y, asimilado a nuestra vida, está realizando obra meritísima para la cultura mexicana.

Para demostrar que no pudieron los españoles bautizar la tierra “sin tener conocimiento del país, en virtud sólo de la ilusión que los impulsaba”, Álvaro del Portillo se apoya en afirmaciones de Pereyra, quien dice: “El estudio del descubrimiento de América ha bajado de las nubes de la leyenda, y la claridad analítica permite apreciar el valor proporcional de los factores del descubrimiento”; y añade de su cosecha:

Los que creen que era el deseo de encontrar esa California de leyenda tan desatinada como para plasmar en una realidad objetiva—aunque desconocida—lo que salió de la pluma de Ordóñez de Montalvo, no tienen en cuenta la psicología española. Ni el hecho cierto que estaba prohibido el envío a Indias de las novelas de caballerías. Si la prohibición se burló, nunca sería tan en grande escala como para que pudiera llegar a formar parte entre los soldados, en la masa popular, ese ambiente que algunos pretenden existía. Quizá algunos de los jefes podrían leer los ejemplares

que llegaron. Y recuérdese que Pizarro no sabía leer; que Cortés era demasiado culto para dejarse conducir por esos libros y que, en todo caso, casi todos los conquistadores condenaban tales libros o se reían de ellos, anticipándose a Juan de Valdés y Cervantes.

Veamos cómo reaccionaban los españoles de entonces ante los libros de caballerías. Las proezas realizadas más que por la fantasía les servían para referirlas en plan de broma—como punto de comparación de lo real con lo ridículo o con motivo de escarnio—o bien para ponderar lo increíble de alguna situación o empresa. Nunca para expresar metas a las que aspirasen, ni reinos anhelados. Y mucho menos plasmaron nunca deseos colectivos.¹⁴

Y esta afirmación pedante y rotunda:

Ningún ejemplo se nos podrá citar en refutación de nuestra tesis... los romances bretones o los épicos poemas de los trovadores franceses, exagerados, increíbles, no tenían fácil cabida en las mentes españolas... los literatos castellanos, por el contrario, ven el tema y lo expresan con claridad y concretamente; saben amoldarse a la estricta realidad, a la que dan forma literaria serenamente... En España, las gestas correspondían a lo que de ellas se escribía y viceversa... Bernardo del Carpio, el Gran Capitán, el Cid no han dado lugar a ninguna exótica leyenda, a ningún libro de caballería, como Roldán, Carlomagno etc. etc.

No nos extraña, pues, que no logren comprender con exactitud el ambiente de nuestros conquistadores, y que les carguen el sambenito de haber bautizado, antes de descubrirla, a una tierra que no era aún sino fruto de sus quiméricas ilusiones.¹⁵

Veamos si puedo refutar la tesis y afirmaciones de Del Portillo; creo que algo he adelantado con lo expuesto.

Del Portillo ignora que Irving Leonard, en su libro *Romances of Chivalry in the Spanish Indies* (Berkeley, 1933), ha demostrado que no obstante las prohibiciones de que a las Indias pasasen libros de caballerías y romances caballerescos, los libreros de España enviaban en cada barco cajones bien repletos de esta difamada literatura, ávidamente leída, y que las cédulas prohibitivas fueron inútiles. Olvida que la Conquista de México terminó en 1521 y que el cumplimiento de las cédulas empieza muchos años después, cuando ya los conquistadores habían emulado a los héroes caballerescos, y, sobre todo, que no esperaron llegar a las Indias para tener solar y granja y estar cómodamente tumbados leyendo, los que sabían, los libros de caballerías, y los que no eran “alfabetizados”, tampoco esperaron llegar a estas tierras para encontrar quien les contase de viva voz las aventuras que esos libros y

romances narraban, pues al partir de España, estas expresiones literarias formaban parte de su bagaje cultural y espiritual.

Basta leer a Bernal Díaz para darnos cuenta de que no habla diez palabras sin intercalar un verso de romance, y, sin exagerar, es evidente que sus actos se señalan por la influencia de las lecturas caballerescas y que Cortés con toda esa cultura que Del Portillo le adjudica (sólo había estado dos años en la Universidad de Salamanca), se nutría en la formidable cultura del *romancero* y sigue, como hemos visto, las posturas de los héroes caballerescos, por lo que Ida Rodríguez pudo trazar el paralelo entre Cortés y los caballeros andantes, no con la fantasía, sino con documentos: las Crónicas de Indias.

En cuanto a esa psicología española, que no gusta de imaginar y que, por lo mismo, no podía desear el encuentro de una isla imaginaria, olvida que Elio Antonio de Nebrija escribe una gramática para las tierras que Colón prometía a la Corona cuando todavía estaban en su imaginación. “La primera gramática de una lengua romance —afirma Ramón Menéndez Pidal— que se escribía en la Europa humanista, fué escrita en esperanza cierta del Nuevo Mundo, aunque aun no se había navegado para descubrirlo”.¹⁶

Olvida que la pasión caballerisca es la más grande “utopía” en la que participó España entera; que esa psicología española ha permitido en más de una vez que el español dé su sangre, su vida, por un sueño, “borrando así el confín entre lo posible y lo imposible, entre lo real y lo imaginado”. Que la literatura “sentimental y llorona” de las gestas bretonas dió vida a copiosísimos romances adaptados a la sensibilidad hispana, y que *tan tuvieron fácil cabida en la mente española*, que Gabriel Lobo Lasso de la Vega, contemporáneo de Cervantes, acaso su amigo, en su *Manojuelo de romances* (1601), se duele por medio de aquel romance que empieza *Por Dios señores poetas...*, del auge en que España tienen los Doce Pares de Francia y demás héroes caballerescos de “naciones extrañas” en cuya exaltación los poetas de la tierra “gastan neciamente papel y tinta” en mengua de los héroes españoles. Del Portillo olvida también que el héroe Bernardo del Carpio, a quien considera paradigma del realismo literario peninsular, no existió nunca —con el consiguiente

desencanto de Lope de Vega, que lo consideraba abuelo—, fué un mito heroico que el español creó para oponerlo al Roldán francés y a Carlomagno, endiosados en poemas humillantes para España. Pero, claro está, no por ser un mito Bernardo del Carpio es menos español, menos real y menos histórico. Y es no ver que la grandeza de la épica hispana, lo que la hace distinta de las demás epopeyas es, precisamente, “haber sabido combinar la creencia en el mito épico con la experiencia vivida”.

Creo que tales afirmaciones las ha hecho el autor en su afán de hacer una historia científica, objetiva y ajena al individuo que la escribe y en la cual ya nadie cree, como tampoco en el objetivismo absoluto, pues, en última instancia, las historias se escriben —las que sean— a imagen y semejanza del autor, y a semejanza suya Álvaro del Portillo escribe una historia falsamente realista, a la manera de quien sólo atiende a lo “factual”, a lo que llaman puro hecho y pretenden que esa es la verdadera historia, y aún más, la única “científica”. Un hecho fehaciente es, por ejemplo, que los mitos han gestado la Historia; no sería lo que es si se la priva de una realidad tan profundamente congénita al hombre como son los mitos. Mito e Historia, que es tanto como decir mito y hombre, están unidos indisolublemente. Si así se entiende la Historia, es natural la tendencia a ver en ciertas expresiones de los conquistadores su relación con los mitos caballescicos, mitos contra los cuales Del Portillo arremete con las siguientes afirmaciones:

A un español le resulta duro creer que el ambiente de todos aquellos expedicionarios estuviera tan cargado de esa sensiblera fantasmagoría y ridícula ilusión que había de llevarlos a admitir la existencia real de los más ingeniosos romanceros y juglares. Y por otra parte, un historiador está seguro de que tal ambiente no existió—al menos con esas características—en torno a California. Basta con hojear las relaciones que los apéndices de este libro reproducen. En ellos habrá a veces ignorancia, a veces incluso imaginación, delirios, nunca.¹⁷

Los documentos que Del Portillo consigna pertenecen al siglo XVII, cuando el furor heroico de la Conquista bélica y evangelizadora había terminado; cuando el español no se sostenía ya en el mito, pues se había tornado de conquistador

en colono, minero o encomendero. Sin embargo, el capitán Nicolás de Cardona, en el xvii, después de bien vista y manoseada la realidad, seguía afirmando al rey “que las muchas riquezas del dicho Reyno de las Californias, según las más verdaderas noticias, son mayores que las que han rendido todas las Indias juntas”.¹⁸

Estas relaciones con los mitos caballerescos, que Del Portillo deja a un lado, creyendo o pensando que los españoles del xvi procedían sólo científicamente, se nos muestran en suficientes pruebas esgrimidas ya, e inducen a pensar en efectivos conocimientos y relación de los libros de caballerías y su influencia en el espíritu de los hombres europeos que por primera vez pisaron estas tierras. Si a estos hombres se les priva de sus mitos, de sus ilusiones, de sus ideales, de los recuerdos e influencias imbuídas en su propia cultura, no queda sino una historia de hechos y fechas, demasiado objetiva, y falsa, pues “la historia no se entiende desde la helada pedantería del racionalismo, que pone sobre la vida inservibles rótulos de *mito*, *superstición* y *leyenda*. La historia no acontece en ningún *vacío*, sino en la vida de la gente”.¹⁹

En consecuencia, es muy importante para poder apreciar la actuación de los conquistadores la manera de ver el mito. Si éste se ve como una realidad histórica, como un valor histórico, o como un valor humano; o si, por el contrario, se piensa que el mito es indigno de la razón humana. La visión positivista desvaloriza el mito; lo ve como algo irreal y absurdo, indigno de ser tomado en cuenta; pero si se le considera como parte de la realidad humana, hay que darle su importancia debida, pues sólo así podremos aproximarnos siquiera a la realidad de los hombres de otros tiempos. Y sólo así tendremos una visión más o menos valedera de la Conquista de Indias. Si para la historia de la Conquista no tomamos en cuenta el hálito poético que emana del mito caballeresco, y que la inunda, la historia de esta Conquista, además de falsa, queda circunscrita a su brutalidad y codicia, desnuda de las aspiraciones superiores que tan diferente la hacen de otras.

En el prólogo de su libro, Álvaro del Portillo dice defender a España de la *leyenda negra*; habría que contestar con el sabido “no me defiendas compadre”.

Sospecho que Del Portillo desconoce que para un historiador tan inteligente y tan español como Alfonso X, “los cantares de gesta hacían tanta fe como las crónicas de don Rodrigo Jiménez de la Rada; porque si para los juglares no hubo pared intermedia entre poesía y realidad, tampoco distinguieron los historiadores entre leyenda poética e historia averiguada”. Esta es la manera tradicional, singular de escribir la historia española; buen ejemplo de ello son las Crónicas de la Conquista de Indias. Baste recordar que Oviedo, antes de escribir su *Historia general y natural de las Indias*, fué no sólo lector apasionado de los libros de caballerías, sino hacedor de una novela a este estilo *Claribalte*,

por lo que nunca pudo sacudirse enteramente su antigua afición... Y aun en su gran obra de Indias, donde tan expresamente condena las patrañas que de antiguo lo sedujeron, se le cuelan incidentes de romanceada verdad en que reaparecen Amadís y Claribalte vestidos de conquistadores de Indias. Por eso, también, escrito el libro en buena parte por un alcaide desde las atalayas de su fortaleza, es además de historia, libro de maravillas, de monstruos y de portentosas aventuras.²⁰

Va más lejos Álvaro del Portillo:

Es curiosa —dice— la ingenuidad con que algún autor declara que es imposible que los conquistadores —Alarcón en especial, el enemigo de Cortés— impusieran el nombre de California por burla, para dejarlo en ridículo.

Y afirma de manera rotunda y sin lugar a discusión posible:

el nombre de California fué puesto por hacer chacota... y parece indudable que Colón y otros como él, con sus fantasías, debieron influir en el autor de las *Sergas*. Entonces escribió Montalvo para agraviarlos, ridiculizándolos. El que leyera las *Sergas* habría por fuerza de acordarse de las declaraciones de Colón, Guzmán y Cortés; y luego, el *virtuoso corregidor de Medina del Campo* aceptó, por lo menos, que se originasen las chacotas que habían de producirse con la lectura de su libro. ¿Qué tiene, pues, de extraño que lo que se hizo de mofa cumpliera su fin y servicio para lo que fué escrito?²¹

Esto es el colmo. Si Del Portillo se hubiese tomado el trabajo de leer el prólogo que el virtuoso Corregidor puso a los cinco libros del *Amadís*, entre los que figuraban *Las Sergas*, no afirmaríase tales desatinos, pues Dios libre a Garci-Rodríguez de Montalvo de hablar de burlas y de chacotas; todo lo contrario, al corregir el viejo libro del *Amadís* y escribir las

Sergas intentó atizar el heroísmo español, y así lo expresa al comenzar la obra:

animar los corazones gentiles de mancebos belicosos que con grandísimo afecto abrazan el arte de la milicia corporal, animando la inmortal memoria del arte de la caballería no menos honestísimo que glorioso...

Mentalbo adereza los libros del *Amadís* con aventuras y rarezas, pero su intención es hacer un *doctrinal de caballeros*, un ejemplar del *oficio militar de las armas*.²²

Álvaro del Portillo afirma que todos nos reímos de los mitos; es cierto: la gran tradición de Occidente nos ha enseñado a ser tan racionales, que no queremos parecer "primitivos"; mas el pensamiento contemporáneo y un nuevo sentido de la Historia nos han enseñado a ser más modestos, y nos han hecho comprender que *los mitos, las creencias y las descreencias*, son parte de la realidad humana, son mitos que nos han permitido vivir, porque el hombre de Occidente se ha empeñado desde la Grecia clásica en afirmar su ser de una manera estable y sustancial.

¿Por qué los españoles del siglo xvi habían de escapar a ser tan humanos? Sobre todo ellos, cuyo destino de inseguridad los había llevado a aferrarse a lo sobrenatural, y concebir a Santiago Apóstol, muy a despecho de la ortodoxia, del documento escriturario, como hermano de Cristo, como una codivinidad: sólo en esta creencia encontraron apoyo y sentido para su existencia y su triunfo sobre el moro. ¿Qué de extraño tiene, pues, que, dado lo fantástico y lo extraño de estas tierras, afluya a la conciencia de Cortés, o de alguno de sus expedicionarios, amigo o enemigo del Conquistador, darle un nombre mítico y no otro? Y desde luego, no por burla, ni por chacota, sino completamente por las semejanzas de la tierra con las *Sergas*. ¿Y qué importancia tiene también para el hecho histórico que haya sido antes o después del descubrimiento? ¿Y que fuera Cortés, o Juan, Pedro o varios, quienes así la nombraron? No interesa quién le puso el nombre, ni si fué antes o después de descubrirla, sino cómo el mito caballeresco que impregnaba, que saturaba la Conquista, y que era uno de los más poderosos estímulos y común denominador de los conquistadores, se muestra en toda ocasión propicia, confirmándonos que "los confines entre lo

real y lo imaginario se desvanecen cuando lo imaginario se incorpora al proceso mismo de la existencia", no sólo para afirmar el ser, sino para trascenderse y ampliar sus posibilidades en lo heroico. Así, el mito cobra pleno sentido. Por tanto, a pesar de Álvaro del Portillo y demás historiadores de su estilo, California nació del mito caballeresco y el sentido profético de él prevalece contra el absurdo de la ironía y la chacota.

NOTAS

- 1 RODRÍGUEZ PRAMPOLINI, Ida.—*Amadises de América*. México: 1948; 53.
- 2 MENÉNDEZ PIDAL, Ramón.—*Flor nueva de romances viejos*. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1938; 247.
- 3 BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO.—*Historia verdadera*. Madrid: Espasa-Calpe, 1942: I, 61.
- 4 *Ibid.*, I, 113.
- 5 *Ibid.*, I, 297-8.
- 6 RODRÍGUEZ PRAMPOLINI, Ida.—*Op. cit.*, 78.
- 7 *Amadís de Gaula*. Buenos Aires: Editorial Lozada, 1950; 23.
- 8 BAYLE, Constantino.—*El dorado fantasma*. Madrid: Editorial Razón y Fe, 116.
- 9 PORTILLO Y DÍEZ DE SOLLANO, Álvaro del.—*Descubrimientos y exploraciones en las costas de la California*. Madrid: 1947.
- 10 JARNES, Benjamín (traductor).—*Canción de Rolando*. Madrid: Revista de Occidente, 1945; 136.
- 11 *Las sergas de Esplandián*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1857; 539.
- 12 HERNÁN CORTÉS.—*Cartas de relación de la conquista de México*. Buenos Aires; Espasa-Calpe: 254.
- 13 PORTILLO Y DÍEZ DE SOLLANO, Álvaro del.—*Op. cit.*, 136.
- 14 *Ibid.*, 131.
- 15 *Ibid.*, 134.
- 16 MENÉNDEZ PIDAL, Ramón.—*La lengua de Colón y otros estudios*. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1942; 52.
- 17 PORTILLO Y DÍEZ DE SOLLANO, Álvaro del.—*Op. cit.*, 133.
- 18 Citado en PORTILLO, *Descubrimientos*.
- 19 CASTRO, Américo.—*España en su historia. Cristianos, moros y judíos*. Buenos Aires; 1948.
- 20 O'GORMAN, Edmundo.—"Prólogo" a *Sucesos y diálogos de la Nueva España*. México: Universidad Nacional, 1946; 62.
- 21 PORTILLO Y DÍEZ DE SOLLANO, Álvaro del.—*Op. cit.*, 137.
- 22 VALBUENA Y PRAT, Ángel.—*Historia de la literatura española*. Barcelona; 1946, I.